



REVISTA SEMANAL.

Saldrá los días 8, 14, 23 y 30.

Su precio, 2 rs. al mes en toda España, franco de porte.

ÉPOCA II.—NÚM. XVIII.

DIRECTORA,
ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

Granada 14 de Noviembre de 1875.

PUNTOS DE SUSCRICION.

En su redaccion y administracion, librería de la Aurora, Navas, 24.

SUMARIO.

Un jóven honrado, del *Museo de las Familias*.—**Al Todopoderoso**, poesia, por D.^a J. Bueno de Altea.—**¡Solo un Dios y solo un culto!** novela de costumbres, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Dudas**, poesia, por D. Graciliano de Puga.—**Un presentimiento**, novela.—**Seccion infantil**, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—**Variedades**.

UN JÓVEN HONRADO.

Hace algun tiempo que me ocurrió cerrar una carta en presencia del señor de X..., antiguo jefe de seccion del ministerio de Gobernacion y hombre de esos cuya raza va perdiéndose desgraciadamente como tantas otras cosas buenas, pues posee el don de entretener agradablemente con su conversacion instructiva, amena y salpicada de anécdotas, gracias y oportunidades de buen gusto.

—¿Quiere V. que le cuente una historia? me dijo de pronto.

—¿Y por qué no? mucho gusto tendré en ello, contesté al punto.

—Pues présteme V. atencion le contaré

una que ha acudido á mi memoria con motivo de la oblea que tiene en la mano. Me parece excusado advertir que lo que va V. á escuchar no es un cuento forjado por recrear el ánimo, es una anécdota fundada en hechos rigurosamente exactos, en la cual encontrará V. compensado en verdad la carencia de episodios que halaguen y seduzcan la imaginacion.—Aparte de otras digresiones que no son del caso y de que hacemos gracia al lector, comenzaremos nuestro asunto segun lo comenzó el señor de X...

Trascurria el mes de Enero de 1834. Asomaba para nuestra desventurada nacion la actualidad de un período turbulento y la aurora de un porvenir regenerador.

Una de las cosas que por entonces se instituyó, y que aun se conserva, aunque retocado en el nombre y aun en el pensamiento, fué el ministerio de Fomento, de que desempeñó el cargo de secretario de Estado y del despacho el Excmo. señor don Francisco Javier de Burgos. Yo era entonces oficial del ministerio y amigo particular del jefe.

Entre los empleados subalternos que estaban á mis órdenes en el negociado que tenia á mi cargo, habia uno que designaré tan solo por el nombre de Roberto, que se distinguia de entre todos los demás por su celo y laboriosidad en el desempeño de sus modestas funciones. Era un jóven como de veinte años, admitido en nuestras oficinas hacia muy poco en calidad de meritorio.

Roberto, de carácter sombrío y reservado, aparecía allí á la hora en punto de la obligacion, y sin hablar de nada ni con nadie trabajaba por tres sin abandonar la pluma un instante. La hora de las once, ese dulce momento en que entonces, más que ahora, se daba tregua al trabajo para tomar un bocado, el que lo llevaba, porque ya se habia suprimido la rancia costumbre de las oficinas que suministraban las rosas, el queso y el sorbito de vino, ni aun ese dulce momento, iba diciendo á V., era pretexto plausible para que cesase en su tarea. Es verdad que nunca se le vió comer nada en la oficina, ni traer la punta de panecillo francés y la rebanada de queso ó salchichon que constituia el tradicional *tente en pié* de todo empleado de estómago débil.

En las oficinas, en general, donde muchas veces se despacha uno á su gusto, suele mirarse de reojo á las personas demasiado concienzudas, por temor de que se hagan buen lugar, y esto sucedia con nuestro meritorio, á quien su conducta suscitó buen número de envidiosos y hasta de enemigos que atisbaban algo capaz de poner en ridículo ó que censurar en aquel empleado modelo, en aquel yunque infatigable.

Desgraciadamente no era fácil la empresa; los más solícitos desmayaban ya tornando á otra parte su maliciosa actividad, cuando hicieron un descubrimiento insignificante en verdad, pero que no cayó en saco roto á falta de otro mejor; este fué que Roberto gastaba una cantidad extraordinaria de obleas, gasto tanto más insólito, cuanto que en su mesa no habia nunca que cerrar pliego alguno; su cometido se limitaba á copiar cuentas y poner traslados en limpio. Todas las mañanas atestaba el portero su obleera y por la tarde estaba completamente vacía. ¿Qué uso haria Roberto de tantas obleas? Por de pronto, esto dió motivo á que cada cual formara sus calendarios y á poner en movimiento las lenguas de todos, de tal modo, que consiguieron dar carácter de gravedad á un hecho que realmente en sí no tenia ninguna. Almas

caritativas, que nunca faltan, se encargaron mañosamente de informarme, y aunque al principio no hice caso, llegó á murmurarse tan de recio, que hube de apurar el origen para acallar la chismografía. Además, á propósito del mismo asunto comenzaron á asaltarme sospechas de que no me perdonaria haber prescindido. Hice tomar informes sobre el modo de vivir y antecedentes de Roberto, y fueron de tal naturaleza que confirmaban mis sospechas; en seguida á pretexto de un trabajo urgente y que debia practicarse bajo mi inspeccion, dispuse le situaran en una mesa muy inmediata á la mia, prometiéndome observarle, y temiendo á la vez comprobar lo que presentia.

Desde el primer dia se angustió mi corazon con la triste evidencia que tenia delante de mis ojos: habia adivinado una parte de lo que despues Roberto mismo, que me honro contar en el número de mis amigos, me ha referido con todos sus pormenores.

Roberto, huérfano de padre desde muy niño, y sin apoyo y sin fortuna, en la época á que me refiero no habia gustado en la vida más que tristeza y pesadumbres. Á su salida del colegio en que se habia educado tuvo que suspender sus estudios y renunciar al proyecto que formaba todos sus dorados ensueños: ambicionaba seguir la carrera del foro, abrazar la profesion de abogado que se le presentaba tan noble y tan digna; pero antes de ganar su primer pleito le quedaba mucho camino que andar y muchos gastos que soportar... Y Roberto no tenia que pensar en sí únicamente, que no estaba solo en el mundo; vivia su madre, su madre anciana, delicada y sin más sosten ni amparo que su hijo Roberto.

Tal situacion no era para vacilar, así que encerrando sus deseos en el fondo de su alma puso en accion toda su actividad á fin de colocarse ó de meter la cabeza en cualquier parte, como se dice vulgarmente. Esto, que lo consigue cualquiera que tiene un poco de favor, debia ser empresa magna para un jóven tímido, desconocido y sin las protecciones que dan las relaciones y el trato de gentes. Así que cada dia, despues de muchos pasos infructuosos, daba al diablo los años que le habian tenido metido en un colegio, en vez de enseñarle un oficio, porque entonces á lo menos hubiera podido ganar el sustento diario para su buena y anciana madre.

Por fin se tuvo por muy dichoso cuando al establecimiento del ministerio de Fomento consiguió poner el pié en el vestibulo de la carrera administrativa, ingresando como meritorio. Poco despues logró sacar partido de las noches que le dejaba libre la oficina, copiando papeles para el teatro, y de este modo pudo aguardar con resignacion si no con paciencia, la época en que cesara su noviciado administrativo.

Tanto valor y perseverancia debian quebrantar la suerte, pero no sucedió así; Roberto estaba destinado á más duras pruebas. Un dia llegó en que fué envuelto en la quiebra de una casa de giro un poco de dinero que tenian impuesto en ella, y cuyos réditos bastaban á él y á su madre para proveer á su subsistencia más precisa. Desde este momento la miseria, que no habia hecho más que rozarles con su ala, se dejó caer con toda su comitiva de angustias y de dolores. La situacion de Roberto era horrible, y tanto más horrible cuanto que, afectada su madre por golpe tan cruel é imprevisto, cayó enferma de peligro.

Sin embargo, Roberto no decayó de espíritu; el pobre jóven vivia, como tantos otros, de esperanza, ese gran tónico de los desgraciados, é ignorante de la distancia que media entre el meritorio y el empleado efectivo, se decia á sí mismo todos los dias: «¿Quién sabe? mañana tal vez me asignarán algo.» Poseia una de esas organizaciones privilegiadas, que á vueltas con la miseria la miran sin pestañear y la arrojan con orgullo el guante; rudos paladines que frecuentemente suelen dejar la vida en la arena antes que gritar gracia, antes que tender la mano.

Dotado de un temperamento de hierro, empleaba la tarde y la mayor parte de las noches en poner en limpio papeles de comedia, tarea que le mortificaba infinito á causa de entretenerle á la cabecera del lecho de su moribunda madre con coplas, amores, locuras y chistes. La cortísima utilidad que le reportaba este trabajo no bastaba para nada, así que, para que no faltase á su madre siquiera aquello más preciso, se imponia Roberto las más duras privaciones; en una palabra, por su madre hacia algunos dias que sufría con una constancia heroica el más terrible de todos los males, aquel ante el cual se relajan hasta los vínculos más sagrados; será menester nombrar el hambre?

Por la mañana, cuando llegaba á la ofi-

cina, podía apenas tenerse en pié, le chillaban los oidos, y todos los objetos le parecia que daban vueltas á su alrededor. Entonces, para ahogar el grito de la necesidad, se concentraba del todo en el trabajo, aferraba á él con todas sus fuerzas sus potencias y sentidos, y deslizaba su pluma sobre el papel con febril ligereza. Tanto esfuerzo no era obstáculo bastante á que una potencia invencible guiase su mano hácia la escribanía que tenia delante, y diese á consumir las obleas, ténue calmante del hambre que le devoraba.

Un dia más, y tal vez de la buhardilla que refugiaba á Roberto y su madre, extraerian sin estrépito dos féretros pobres, aislados en medio del mundo, como lo habian estado y vivido los seres cuyo despojo guardarían.

El mal era grande; el remedio debía ser rápido y eficaz. Remitir á mi Roberto algunos socorros de parte del jefe, hubiera sin duda alguna lastimado su susceptibilidad, y me parecia hombre capaz de rehúsarlos. Ascenderle al cabo de poco más de dos meses de meritorio al rango de empleado efectivo, no dependia de mi solo, ni aun tampoco del ministro, porque no habia vacante.

En tal apuro no vacilé un momento: me presenté en el despacho del jefe y le expuse brevemente cuanto acabo de referir á V. Mis pasos no fueron infructuosos. Dos horas despues de mi entrevista con el ministro, recibió mi protegido del fondo de imprevistos una gratificacion de veinte y cinco doblones, bajo pretexto de estímulo y recompensa á su laboriosidad. Gracias á este socorro inesperado, pudo rodear á su madre de todos los cuidados que reclamaba su delicada situacion, logrando salvarla. Quince dias no habian transcurrido desde este momento cuando recibió un real nombramiento de empleado efectivo con seis mil reales.

Roberto no se estancó aquí: por este camino que emprendió contra su voluntad ha hecho en los años que han transcurrido una carrera brillante, que le ha colocado en posicion de contraer matrimonio con una señorita á quien amaba antes de sus desgracias y que le llevó en dote una regular fortuna, acompañada de una figura interesantísima. Tal vez fué la firme voluntad de poseer algun dia esta mujer lo que le inspiró fuerzas y salvó de la desesperacion cuando no era más que un triste meritorio.

Hoy día es rico, amado y respetado de todos, pero no ha olvidado la época crítica de su vida en que mataba el hambre con las obleas de su escribanía.

(Museo de las Familias.)

Con el mayor gusto insertamos la siguiente magnífica poesía, de la Sra. D.^a Josefa Bueno de Altea, seguros de que agrada á nuestros suscritores por sus elevados pensamientos y por la belleza y armonía con que está verificada:

AL TODOPODEROSO.

Mi mente te comprende, mi corazón te ama,
Mis labios no se atreven tus glorias á cantar;
Mi pecho es una hoguera cuya brillante llama
Tan solo con mi vida podrá mitigar.
El mundo con su impulso y envenenado aliento
No puede de mi alma la pura fe robar,
Y lágrimas derramo con hondo sentimiento,
Si escucho que tu Nombre pretenden profanar.

Señor, presta á mi númen divina inspiración;
Que broten de mi pluma torrentes de verdad
Y pueda con mi acento llegar al corazón
De los que en duda ponen tu excelsa majestad.
Que pueda con mi lira, aunque de pobres notas,
Raudales de poesía en tu loor hacer
Y de uno á otro hemisferio mis cántigas ignotas
Resuenen proclamando tu omnipotente ser.

¿Quién hizo de la aurora los mágicos destellos
La luz que nuestros ojos admiran sin cesar;
Esa unión de colores magníficos y bellos
Que el arte aunque concibe no puede realizar?
¿Quién sobre el mar en calma y por dos el cielo
No ha visto la alborada, su puro sonreír,
Y admira su grandeza con sin igual anhelo
Do lucen en conjunto el oro y el zafir?

¿Quién da vida á esos pájaros poetas y cantores
Que nacen en el bosque sobre movable hogar,
Y pueblan el espacio con ecos trinadores
Que á veces nuestras penas consiguen mitigar?
¿Quién hace esas cascadas de plateada espuma
Lluvia de hermosas perlas que mueren al nacer
Sirviéndoles de lecho la vaporosa bruma
Que su belleza admira radiante de placer?

¿Quién di que da á las olas del mar embravecido,
Detiene su carrera, aplaca su furor,
Tornando sus lamentos en plácido gemido
Y sus revueltas ondas en lago encantador?
¿Quién forma la tormenta, su luz fosforescente,

Del espantoso trueno el brillo aterrador;
Del rayo tenebroso la rápida corriente,
Esas escenas mágicas que vemos con horror?

¿Quién ha creado todo lo que al mundo embellece
Desde el volcán ardiente hasta la pura flor;
Del sol los puros rayos que todo lo enriquece,
Del cielo los celajes, sus nubes de color?
¿Quién sino tú ¡Dios mío! tan sabio y tan clemente
Tan grandes maravillas pudiera concebir?
El mundo en su delirio te olvida indiferente
Y paga tus bondades haciéndote sufrir.

Perdona, Dios inmenso, del hombre los errores;
Condúcele amoroso á puerto de verdad,
Y escucha compasivo los débiles clamores
Que exhala arrepentida la triste humanidad.
Si alguno de tus hijos sobre la tierra existe
Que ofenda, Padre mío, tu sin igual poder,
Perdónale clemente, como en la cruz hiciste,
Y quítale la venda para que pueda ver.

J. Bueno de Altea.

¡SOLO UN DIOS Y SOLO UN CULTO!

Novela de costumbres.

(Continuación.)

Siendo cada una de sus sonrisas y cada una de sus dulces miradas una gota de plomo que caía en el corazón de la pobre Elena.

Dervil era expresivo, espiritual, instruido: poseía, como hemos dicho, una gallarda figura, y Fanni, al obedecer á su padre, intentando á toda costa agradarle, obedecía también á un secreto instinto de su corazón que empezaba á arrastrarla hacia Ricardo: y lo que era peor aún, aquella niña sencilla, digna y apasionada, no sabía mentir, no había aprendido aun á dominar sus impresiones, y estas se reflejaban en su expresivo y precioso semblante, espejo fiel y trasparente de su alma.

Ricardo, pues, comprendió bien pronto la impresión que había producido en Fanni, y se estremeció á su pesar.

Amaba á Elena, sentía por ella interesado su corazón, pero Fanni rica, mimada por la fortuna, brillando como un naciente astro en el círculo en que él estaba acostumbrado á vivir, le encantaba, le seducía y halagaba en verdad su orgullo.

Fascinado por las sonrisas de la rica heredera, olvidó por un momento á la pobre huérfana y se entregó por completo á la ilusión que empezaba á dominarle, mostrándose galante y rendido con Fanni, sin pensar ¡ay! que Elena le veía y le observaba en aquel instante.

Para esta todo el interés, todo el afán de aquella noche, se reconcentraron ya en el palco que tenía enfrente, y en el cual se hallaba el hombre dueño absoluto de su vida y de su corazón.

Y á cada palabra que se cruzaba entre Ricardo y Fanni, Elena se estremecía de dolor y de celos, y Carlos, que notaba aquel estremecimiento, sentía que los celos y el dolor agitaban su alma también.

Ninguno de aquellos cuatro seres, ninguno de aquellos cuatro jóvenes corazones prestaba atención alguna al espectáculo que se representaba en la escena, dominados y absortos en sus propias emociones.

Dervil dirigió á la hija del banquero no sé qué frase más expresiva que las anteriores; ella lo escuchó con tal atención, que el ramillete que tenía en su mano se escapó de sus dedos y cayó rodando á sus pies.

Ricardo se apresuró á cogerlo, pero al devolverlo á su dueña, una de las rosas blancas que ostentaba quedó en su poder, sin que la joven se opusiera á ello; antes quizá le dió gracias con una sonrisa, de la predilección que mostraba por aquella flor.

Dervil aspiró con delicia su aroma, acercándola á sus labios, pero aunque lejos todas las espinas de aquella rosa hirieron el corazón de Elena, que no pudo contener un doloroso gemido.

—¿Qué tienes, hermana mía? dijo Carlos notando su aflicción, ¿qué tienes?

—No es nada, respondió la niña con sofocada voz: el calor... las luces... qué se yo!

—Estás muy pálida!

—No me siento bien... ¡me ahogo aquí!

—¡Cómo! ¿que te sientes malá, hija mía? preguntó D. Martín interviniendo en la conversación, ¡mala tú! ¿por qué no lo has dicho antes?

—No se alarme V., esto no es nada, un desvanecimiento... nada.

—¡Oh! no: tienes el semblante alterado,

—Vámonos, exclamó Carlos, Elena sufre aquí.

—Sí, sí, murmuró ella al oído del joven, vámonos, hermano mío; pero que mi padre no sepa la causa de mi mal!

—¡Él nada ve, nada comprende de cuanto pasa á su redor!

—Qué, ¿quieres que nos retiremos? dijo el anciano mirando á su nieta con inquietud.

Ella, por toda respuesta dejó su asiento y se dispuso á salir.

D. Martín la cubrió con su abrigo y dió algunos pasos para abrir la puerta.

Elena lanzó una última mirada al palco de Fanni, antes de abandonar aquel sitio.

La joven hablaba entonces con su padre y en su blanca frente se reflejaba una íntima y purísima alegría.

También el banquero parecía satisfecho.

¡Ay! solo Elena había visto en aquella noche marchita quizá para siempre la purísima flor de su esperanza; así era que trémula y vacilante apenas podía sostenerse al apartarse de aquel sitio.

Carlos la ofreció el brazo y ella se apoyó en él con desaliento.

La mano de la niña temblaba y el joven la dijo tristemente:

—¡Cuánto amas á ese hombre, hermana mía!

—¡Oh! ya te dije que su cariño era mi vida, y su cariño me falta, Carlos!

—¡Quién sabe! acaso te engañas!

—No; yo esta noche he leído en su alma! Ricardo no me ha amado nunca como empieza á amar á esa mujer!

Carlos nada respondió y ambos se reunieron con D. Martín, que caminaba algunos pasos delante.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

DUDAS.

Pregunté en su casa, viendo que era de goces un nido:
¿Qué sucede, que no entiendo?
y me dijeron riendo:
«Que al mundo un niño ha venido.»

Volví después, y notando del pesar el sello cierto,
pregunté: ¿Qué está pasando?
y me dijeron llorando:
«Es que una mujer ha muerto.»

Y junto aquella mujer un filósofo decía,
según pude oír y ver:
«Es una pena el nacer,
es morir una alegría.»

Yo que lo contrario ví y en el filósofo creo,
tuve que pensar así:
«Ó es mentira lo que oí,
ó es mentira lo que veo.»

Si es una pena el nacer,
¿por qué nos causa alegría?
Si la muerte es un placer,

¿por qué da llanto doquier
que pone su planta fría?

¿El mundo goce no tiene?
¿Solo en el sepulcro está?
El alma que nos mantiene,
¿es dichosa cuando viene,
ó es dichosa cuando va?

Graciliano de Puga.

UN PRESENTIMIENTO.

(Continuacion.)

Entré por la verja del parque, y hasta que no estuve delante de aquella morada recogida y silenciosa donde todo respiraba aun la paz y la felicidad, no comprendí claramente por qué habia ido á aquel sitio. Entonces me paré. Mis piernas flaqueaban y sentia desfallecer mi valor. La tarde estaba deliciosa. Un viento dulce y fresco agitaba la copa de los árboles. La condesa se paseaba tranquila y serena por la calle de árboles que habia delante del peristilo. Al pasar cerca de una ventana dirigió una mirada á la péndola del salon y dijo á uno de sus criados:

—Antonio, el conde no viene; ya es tarde, es preciso que vayas á buscar al niño, pues temo que le haya sucedido algo.

Yo deseaba que se abriera la tierra delante de mis plantas ó que el cielo se desplomara sobre mi cabeza, y estuve tentado por huir hasta el cabo del mundo. Al volverse la condesa me vió y dió algunos pasos hácia mí sonriéndose, sin duda porque no habia observado el trastorno de mis facciones y creia que Carlos y el conde me seguian de cerca. Me aproximé á ella y le cogí la mano sin decirle una palabra. La desgraciada me miró: tembló y se puso blanca como un sudario.

—¿Y mi marido? ¿Y mi hijo? exclamó.

—Señora, le dije al fin, razon tenia V. ayer al decir que toda felicidad se paga ó se expía. Era V. la más feliz de las mujeres..., y hoy es V. la más desdichada.

La condesa repitió:—¿Y mi marido...? ¿Y mi hijo...?

—Su marido de V. vive, le dije.

—¿Luego mi hijo ha muerto? exclamó.

Yo no respondí. La condesa lanzó un grito y cogiéndome del brazo añadió:

—¡Eso no es verdad! V. me engaña. V. miente... ¡Eso no es posible! Se habrá lastimado jugando y nada más... pero no ha muerto. ¡V. mientel...

Yo lloraba en silencio, hasta que faltándome las fuerzas prorrumpí en sollozos.

—¡Luego es verdad! ¡Luego es verdad! exclamó ella, dándose golpes en el pecho y en el rostro... ¡Mi hijo ha muerto! ¡Me han matado á mi hijo! Vamos, añadió resueltamente, lléveme V. á donde esté... quiero verle.

Esto es lo que yo temia. Traté de sujetarla, pero ella me arrastraba con una fiereza sobrenatural.

—Quiero ver á mi hijo. ¿Quién puede impedirme que vea á mi hijo? decia con voz lastimera y en el colmo de la desesperacion.

—Señora, le dije yo, tomando un tono de autoridad, su puesto de V. en este momento es al lado de su marido; allí es á donde debe V. dirigirse primero. Cuando me separé del conde estaba muy malo. Si no tiene V. valor, se morirá. No hay en el mundo nadie sino V. que pueda salvarle. Si quiere V. que viva, dése prisa y no pierda ni un instante.

Segun lo habia previsto, la condesa se apoderó con avidez de este nuevo alimento ofrecido á su desesperacion.

—Sí, dijo, sí, tiene V. razon... pero ¡Dios mio! ¿qué ha pasado?

Y sin cuidarse de averiguar como era que el conde no estuviera al lado de su hijo, continuó tirando de mí hácia la verja del parque; pero á los pocos pasos noté que vacilaba, y entonces la llevé á mi coche, que habia dejado á la puerta.

Sería más de media noche cuando llegamos al palacio del marqués de B... La pobre condesa no sabia más que una parte de la verdad. Ella creia que su hijo se habia matado al caer desde lo alto del terrado. Durante la fúnebre travesía procuré reanimar su valor hablándole de su marido.

—V. es piadosa, le decia, V. es más fuerte que él. V. tiene á Dios para sostenerse y el desgraciado no tiene más que á V.

Yo abrigaba la convicción de que aquellos dos infortunados no podian salvarse sino el uno por el otro; esperaba que su desesperacion se amortiguaria en una piedad recíproca y en un mútuo enternecimiento, pero me engañaba. Apenas llegué me lancé en la habitación, cuyas ventanas brillaban en la oscuridad de la noche. Quería preparar al conde para la vista de su mujer. Abrí la puerta y entré. La condesa, á quien habia dejado en el coche, me siguió sin que yo lo notase y entró casi al mismo tiempo que yo. El conde estaba sentado sobre un sofá con la vista fija y la boca abierta en la actitud de la estupidez ó de la locura. Levantóse repentinamente, miró á su mujer,

retrocedió dos pasos, lanzó un grito terrible y cayó cuan largo era sobre el pavimento. Algunas horas después al rayar el día el coche donde había ido, llevaba al palacio del conde del Verde-Soto, á éste tendido á mi lado sin sentido y el cuerpo del niño que la madre medio loca mecía sobre sus rodillas.

(Se continuará.)

SECCION INFANTIL.

CORONA DE LA INFANCIA.

FLORES DEL CIELO.

SAGRARIO Y ALTAR.

II.

La persecucion contra los cristianos se habia decretado ya.

El emperador Maximiano habia firmado el edicto en que condenaba á muerte á todo el que profesase la ley del Evangelio, y multitud de confesores de Cristo gemian en las cárceles públicas de Roma, cargados de cadenas y esperando la hora del martirio.

Los rugidos de las fieras se escuchaban en las inmediaciones del anfiteatro, y el pueblo esperaba con ansia ver llegar el día del anhelado espectáculo, en que los esforzados mártires del cristianismo luchasen con las pante-
ras y los leones, menos feroces quizá que los desapiadados verdugos.

Las víctimas entre tanto aguardaban la hora del sacrificio, con la profunda alegría con que la enamorada vírgen espera la hora de los ansiados desposorios.

Solo abrigaban un temor: el de no poder recibir en sus pechos en forma de Hostia consagrada á Aquel que sostiene á los débiles y da la palma á los mártires.

Ya habian manifestado este deseo y este temor á los sacerdotes y á los diáconos que disfrazados y confundidos entre la multitud habian venido á consolarlos á la cárcel Mamertina, donde se hallaban á la sazón el jóven y noble Pancracio, el venerable y bondadoso Luciano, la bella y animosa Perpetua, y otros ciento que ardian en deseos de dar su sangre por Jesucristo.

El venerable Dionisio, protector y amparo del niño huérfano, tenia á este junto á sí, habiéndole consagrado desde la muerte de la triste Claudia al servicio del altar; Tarcisio humilde y puro, hermoso y cándido, amaba al sa-

cerdote y cumplia exactamente los deberes que este le habia impuesto con un afán y una alegría que mostraban la fe y la santidad de su alma fervorosa y angelical.

Nadie como aquel bellísimo niño se abismaba en muda adoracion ante el Sagrario del Santo de los Santos; ningunas oraciones más puras y más inmaculadas que las que salian de aquellos castos labios, llegaban á perfumar, como las nubes del oloroso incienso, el trono de luz de la sin par Virgen María.

El alma de Tarcisio era una flor hermosa y pura, cuya corola se alzaba á los cielos sin que pudieran ajar su belleza los rudos vientos ni los huracanes de la vida.

Aquel niño, á quien sonreían los serafines sus hermanos, se hallaba postrado al pié del altar pidiendo á Dios acaso por su madre, acaso por los que en aquella hora respiraban el triste ambiente de una prision, cuando un ligero golpe dado sobre su hombro le hizo salir de su abstraccion.

Era el anciano Dionisio, que le contemplaba con cariño.

—¿Qué haces, hijo mio? le preguntó con voz dulce.

—Oraba! respondió el niño fijando en él sus ojos de mirada suavísima.

—Aunque el elevar á Dios nuestro ruego es siempre bueno y laudable, aviva tu oracion por un momento, hijo mio, y pídele que acuda en nuestra ayuda hoy.

—Estais triste, Señor, ¿qué puede turbaros, y por qué hoy con mayor empeño hemos de implorar el favor de aquel que todo lo puede y que lo concede todo á cambio de una ardiente plegaria?

—Vengo de la cárcel Mamertina, Tarcisio

—Y allí...?

—Allí están multitud de nuestros hermanos, allí están infinidad de atletas aguardando la hora del combate, y suspirando por la anhelada visita de su Dios: allí hay muchos cristianos próximos á morir, y esperando como única alegría la dicha de poder hacer su postrera Comunión!

—¿Y vais á llevársela?

—¡Ay de mí, hijo mio! los espías de Maximiano siguen mis pasos, y el celestial tesoro de la Sagrada Eucaristía iria expuesto á caer en sus sacrílegas manos si fuese conducido por mí.

—¿A quién, pues, vais á conceder tan infinita honra? preguntó el niño con afán.

—No sé! y esto es lo que me aflige ahora!

La frente de Tarcisio se iluminó con un celestial fulgor: en la mirada de sus azules ojos

brilló un destello de divino fuego: algo de sobrenatural y grande pasó en su alma, y oyó una voz vaga, imperceptible y queda que murmuró á su oído algunas frases; frases que el niño no podía entender, pero cuyo eco hizo latir su corazón.

¡Era el acento de su ángel custodio, que le brindaba con un lugar á su lado en el cielo, y que le prometía una palma y una eterna corona!

Cayó, pues, de rodillas á los piés de Dionisio, y extendiendo sus manos con anhelo murmuró con acento de súplica:

—¡Oh! padre mio, padre mio, concededme á mí tan inmenso favor.

El sacerdote, admirado de aquella petición, movió lentamente la cabeza y respondió:

—Hijo mio, esa misión es harto peligrosa!

—Por eso la reclamo.

—El que se encargue de ella debe estar dispuesto á morir mil veces antes de que el tesoro que se le confía pueda ser profanado.

—¡Yo lo estoy, padre mio!

Había tal resolución en el acento del niño, que Dionisio vaciló un momento, y sintió que una lágrima acudía á sus pupilas.

Después inclinó la frente y murmuró con desaliento:

—Eres muy niño, hijo mio, eres todavía muy niño!

—Mi corta edad será mi defensa mejor: mi inocencia me escudará, y nadie podrá sospechar que prenda de tal valía ha sido encomendada á mis pocos años.

El buen sacerdote no podía resolverse aún.

Las razones de Tarcisio le convencían; los momentos pasaban, aguardaban los prisioneros y el niño extendía sus brazos con la inocencia en el semblante y con la súplica en el labio.

Dios, que en su sabiduría tenía dispuesto que aquel niño obtuviese la corona del martirio por su amor, inspiró al sacerdote y le decidió á aceptar aquella oferta.

—Seal dijo al fin. ¡Tarcisio, recibe en tus manos al Dios que no cabe en el universo, y ve cual un ángel de pureza y de amor á llevar el último consuelo á los que aguardan su llegada.

Y envolviendo en un rico paño las Sagradas Formas, abrió la túnica del huérfano y las colocó sobre su corazón.

—El don que te entrego es de un precio inestimable, le dijo con voz solemne; pierde antes la existencia que permitir que sea profanado, y parte, hijo mio, acompañado y bendecido por Aquel que, Niño como tú, nació en Belén para salvar á la humanidad!

—Yo juro por su amor corresponder á la confianza que haceis de mí, padre mio; exclamó Tarcisio con un acento inspirado, en el que había algo de celestial y santo.

Después, cruzando sus brazos con reverencia y estrechando con ellos sobre su puro corazón al soberano Señor de hombres y de ángeles se separó de Dionisio, que le vió partir estremecido, dirigiéndose con su sagrado depósito al sitio que ocupaba entonces la sombría cárcel Mamertina.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

VARIEDADES.

EL ARTISTA REPOSTERO.

(Continuación.)

—Que hay mucho que hablar sobre eso, pero ahora es tarde. Acuéstate sobre ese montón de paja que está fresquita y duerme seguro de que, andando el tiempo, serás todo un maestro de albañil como yo.

—¡Albañil! exclamó el niño haciendo un gesto de repugnancia.

—Ya verás como te acostumbras á ese oficio.

Al día siguiente Pasino despertó muy temprano á su nieto, y después de dirigir una corta oración á la Virgen de los Dolores y de tomar un refrigerio, se dirigieron al palacio de los Falieri, donde el anciano albañil se ocupaba en la restauración de una pared maestra que algunos malhechores habían intentado escalar.

Pero en vano deseaba el laborioso anciano que su nieto aprendiese su oficio y mucho menos que le ayudase en su trabajo.

Antonio se ocupaba en modelar figuras con barro, y las destruía en cuanto notaba que Pasino volvía la cabeza para mirarle.

Hubo, sin embargo, un momento en que le sorprendió en su afanosa tarea.

—¿Qué estás haciendo? le preguntó severamente.

—¡Ya lo veis! una Virgen María con el niño Jesús.

—Pues mira, te advierto, que, como continúes de ese modo, no harás en tu vida cosa de provecho.

Llegó el día de Santa Cecilia, y en el palacio de los Falieri debía solemnizarse este día con un espléndido banquete.

Antofito se deslizó entre los marmitones y los cocineros del palacio, y contemplaba con admiración á los elegantes personajes que llenaban los salones y galerías, debiendo más tarde ocupar un puesto en el festín.

Poco antes de que sirviesen los manjares, el mayor domo de la casa exclamó dándose un golpe en la frente:

—¡Dios mio! Estoy perdido... deshonorado, ¡voto á San Pietro mi patron! ¿Qué va á decirse de la ilustrada familia de los Falieri?

(Se continuará.)

GRANADA.

IMPRESA Y LIBRERÍA DE F. REYES Y HERMANO,
Plaza de Ayuntamiento, 15.